

LA IGLESIA

Y

EL ESTADO

FANTASÍA TRÁJICA EN UN ACTO

POR

DANIEL BARROS GREZ



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

CALLE DEL PUENTE, 15-D

—
1883

LA IGLESIA

Y

EL ESTADO

PERSONAJES.



POR

JESUS.
IGLESIA.
ESTADO.
LIBERTAD.
BUEN SENTIDO.
PRUDENCIA.

FANATISMO.
INTOLERANCIA.
IGNORANCIA.
SATANAS.
COJUELO.

Jentes del pueblo.—Coros de ángeles malos i ángeles buenos,
entre bastidores.

SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DEL BUENTE 14-D

ACTO ÚNICO.

La escena pasa bajo el pórtico de una catedral gótica.

ESCENA I.

SATANAS.

Satanas.—Por Júpiter Tonante! Estas repúblicas del Pacífico me están dando mucho que hacer... Allá en los tiempos de la colonia, no era así, pues Fanatismo i su digna esposa Intolerancia me bastaban para tener revuelto a este continente, que el Papa dió a los reyes de España i que los reyes me cedieron a mí para que lo usufrutuara. Pero hoi ¿cuánto no han cambiado los tiempos? Desde que le ha caído en mientes al señor don Estado enamorarse, en estas Américas, de esa casquivana muchacha a quien llaman Libertad, se ha centuplicado mi trabajo, i los beneficios van disminuyendo dia a dia. Ya no es vida esta que me hacen pasar los pícaros liberales, que con sus escuelas i propagandas no me dejan hacer mi cosecha, como allá en lo antiguo. Yo debo estar en todas partes, a un mismo tiempo, ya soplando aquí la paz armada; ya aconsejando allá la discordia desarmada; ya relampagueando acullá la guerra civil; ya metiéndome por las rendijas de las cancillerías para insinuar a los estadistas esos tratados de amistad que tantas enemistades producen. ¡Por los dientes del gran Molok! Ahora cuando me ocupaba en arreglar los asuntos relijiosos de Italia he tenido que venir, en tres segundos, a deshacer este matrimonio... Porque es preciso que don Estado no se case con la muchacha Libertad... I juro por la luminosa Astartea, que...
Hola! Fanatismo!! (*Golpea con el pié en el suelo.*)

ESCENA II.

SATANAS, FANATISMO.

Fanatismo.—Rayos i truenos! Aquí me tiene Vuestra Majestad.
¿De qué se trata?

Satanas.—¡Siempre estúpido! Tú jamas sabes de qué se trata.
Pero, ya se ve! no has menester saberlo para cumplir con mis órdenes.

Fanatismo.—He cumplido siempre con ellas, monseñor; i yo creo que...

Satanas.—Tú crees? Por las uñas del gran Ahrimanes! Vaya que los tiempos se van trocando, cuando hasta los diablos comienzan a creer! Tú no debes creer nada, bergante, para cumplir bien con tu mision.

Fanatismo.—Pero como mi mision es fomentar las ideas de...

Satanas.—Matar las ideas, badulaque; matar las ideas: hé ahí tu mision. ¿Cuándo aprenderás a cumplir con tu deber?

Fanatismo.—I sin embargo, las ideas...

Satanas.—¿Qué sabes tú de ideas? Para eso seria menester que tuvieras entendimiento. Solo la razon es hecha para creer, i ¡bonito seria que tú te tuvieras por un ser razonable! Todo eso que confusamente se revuelve en tu mente volcánica, no merece el nombre de creencia, ni de verdad, ni aun de mentira. Es algo cuyo nombre no lo sabemos sinó yo i Otro que está a pocas pulgadas sobre mí.

Fanatismo.—Oh! Sire! Esto es desconocer mis obras...

Satanas.—Tus obras? ¡Cómo si tú ejecutaras alguna! Sabe que tu mision es destruir, no edificar.

Fanatismo.—Perdon, monseñor: yo creia que mi mision era *conservar*.

Satanas.—Otra te pego! Tú crees siempre una barbaridad, i a esto llamas creer. ¿No ves, miserable, que *conservar como nosotros conservamos* es destruir, pues que es detener la marcha del mundo? El *statu quo* debe ser el punto de mira de tus asechanzas.

Fanatismo.—I el *statu quo*, excelentísimo señor ¿no es la conservacion de las cosas?

Satanas.—Imbécil! Es la conservacion de los cadáveres en sus sepulcros; i así es como debemos hacer que los hombres se conserven, llenándose de gusanos en su mundo-sepultura. Introduce tu espíritu en estas sociedades; sóplales el amor propio para que sigan amando la podredumbre de sus instituciones, i para que sigan conservando sus viciosas costumbres i persiguiendo a los innovadores.

Fanatismo.—Todo eso hago, monseñor, i ayudado de mi querida esposa Intolerancia, me opongo a todo progreso social, diciéndoles que rejenerarse es dejenerar i renegar de sus antepasados, cuya herencia, por podrida que esté, deben conservar como una reliquia.

Satanas.—Muy bien. ¿I tu mujer?

ESCENA III.

Dichos, INTOLERANCIA.

Intolerancia.—Aquí me tiene, señor. Yo no me separo de mi querido Fanatismo, desde que el gran Pluto nos unió.

Satanas.—Calla, parlanchina.

Intolerancia.—Callaré, aunque mi oficio sea hacer callar a los demas. Pero Vuestra Majestad me permitirá decir en abono de mi querido esposo, que él i yo creemos que...

Satanas.—Tambien tú me vienes con creencias? Mañana o pasado vamos a ver que todo el infierno se hace crédulo.

Intolerancia.—I si no creyera yo ¿quién creería? Advierta Vuestra Majestad que...

Satanas.—¿A mi con advertencias?

Intolerancia.—Soi doña Intolerancia!

Satanas.—Uñas i cuernos! Aquí no hai mas Intolerancia ni mas Fanatismo que yo. ¿Entendeis? Miserables que se creen algo porque les doi cierta dosis de poder, para que me sirvan de instrumento!... I luego se me quieren subir a la cornamenta, creyendo que creen, cuando su oficio no es otro que el de hacer crédulos e incrédulos, para sostener el trono de nuestra amada servidora Supersticion. Vamos a ver: ¿qué es lo que vuestras señorías creen, en conciencia?

Fanatismo e Intolerancia.—Creemos que...

Fanatismo.—No me interrumpa usted, señora!

Intolerancia.—I usted, señor, tenga modo, i déjeme hablar.

Fanatismo.—¿Cómo es eso? ¿No soi yo el marido?

Intolerancia.—Pero a mí me toca contestar, porque soi la mujer.

Fanatismo.—Estamos frescos! Yo...

Intolerancia.—Yo no puedo permitir que nadie, sea quien fuere...

Fanatismo.—Señora!

Intolerancia.—Caballero!

Satanas.—Qué par de badulaques! Ja, ja, jaa! Ni aun podeis entenderos entre vosotros mismos, si yo no os doi permiso para ello, i pretendeis entender las cosas! (*Fanatismo da muestras de querer hablar, e Intolerancia le tapa la boca*)

con las manos. Suscítase una corta lucha entre ámbos; Satanás hace un jésto de impaciencia i ellos se calman). Hé ahí un par de enamoradas tortillas, que aspiran nada ménos que a ser los rectores del mundo! Pero tened entendido, miserables, que no podreis jamas dar un paso sin mi vénia. Necesitais de la gracia del Diablo para hacer... quiero decir, para deshacer la obra de ese Otro contra cuyo imperio conspiraré siempre. Calmaos i no me impacientéis. Respondedme: ¿qué habeis hecho para estorbar ese matrimonio?

ESCENA IV.

SATANAS, FANATISMO, INTOLERANCIA, COJUELO.

Cojuelo (habla desde la clave de un arco).—Papá, ¿cómo dicen que Su Merced sabe tanto?

Satanás (mirando hácia arriba).—¿Quién habla?

Cojuelo (aparte).—Se le van mojando los papeles al papá viejo. No estraño, Sire, que Vuestra Majestad no sepa lo que se ha hecho por estorbar ese matrimonio entre el señor Estado i la señorita Libertad, cuando ni aun me ha conocido en el habla.

Satanás.—Ah! eres tú, Cojuelo? Ven acá!

Cojuelo (salta sobre los cuernos de Satanás, i de aquí, al suelo).

—Sí, papá, yo soi, i le contaré todo lo que hemos hecho para impedir esa boda.

Satanás.—Mas, por acaso, ¿te habia encargado a tí este negocio?

Cojuelo.—Yo no necesito que se me encargue nada, para entrometerme en todos los negocios, mayormente cuando son asuntos de consecuencia, como, *verbi gratia*, actos de relijion i de política, que son los que me gustan, porque un diablo intelijente puede hacer fortuna en ellos...

Satanás.—¿Concluirás al fin con tu charla, bribon?

Cojuelo.—Cada cual, papacito, tiene derecho para defender sus intereses. Dígame: ¿es caridad que su merced no me dé otra ocupacion que armar zancadillas a las jentes, soplar cuentos i atizar odios, como si en el mundo no hubiese chismosos que saben mejor que yo el oficio? ¿Cómo quiere su merced que yo salga de caparrotá, si no deja lucirme en empresas mas atrevidas? Yo me he dicho: los grandes asuntos son los que dan fortuna; i miéntras yo esté pobre, no pasaré de ser un pobre diablo. I como no soi de los que me chupo el dedo, me he metido de lleno en el negocio.

Intolerancia.—Pero, monseñor, vea como Cojuelo habla solamente de él, siendo así que nosotros...

Satanas.—Oh! que bien sienta la egoísta ambición entre mis servidores!

Cojuelo.—Mi respetable papá, no se dirá de mi que soi injusto. El Cojuelo es i será siempre un diablo honrado i leal a las derechas, por mas que los mojígatos se empeñan en denigrarme, por aquello de ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio. Confieso, pues, lealmente que Fanatismo ha trabajado como un negro, i que mi comadre Intolerancia no le ha ido en zaga. Pero es el caso que a mi juicio, no se ha tomado todas las medidas para...

Intolerancia.—Cómo? Piensas que no hemos obrado con acierto?

Fanatismo.—¿I quién puede atreverse a creer que...

Satanas.—Callad!

Intolerancia.—Es que yo no puedo permitir que se hable de ese modo...

Cojuelo.—Papá, si quisiese que yo le explique mi pensamiento, es menester que se ausente de aquí este par de esposos, pues aman tanto la libertad, que solo ellos quieren tenerla para decir i hacer lo que se les antoja.

Satanas.—¿Tambien tú quieres, atrevido, enseñarme a gobernar?

Cojuelo.—Ah! papacito! ¿yo querer enseñar al Diablo a hacer diabluras? Ni por un pienso. Lo que digo es que este par de pichones podría irse, por ejemplo, a meterse en la boca del primer predicador...

Intolerancia.—No estoi bajo tus órdenes...

Cojuelo.—O bien podrian ocuparse, mientras tanto, en descomponer los matrimonios de este distrito.

Satanas.—Calla, truhan! ¿Te parece que tengo empleados de sobra para ocuparlos en asuntos como esos, en que tan bien me sirven los ignorantes, los chismosos i los envidiosos? Asuntos mas elevados encienden por ahora mi cerebro.

Cojuelo.—Ya comprendo; la alta política...

Satanas.—Eso es! No debo ocupar mis mejores diablos en oficios de beata ociosa. (*A Fanatismo e Intolerancia.*) Idos a soplar vuestro espíritu entre las jentes del pueblo! (*Vánse Fanatismo e Intolerancia.*)

ESCENA V.

Dichos: ménos TOLERANCIA I FANATISMO.

Satanas.—Habla, maldito hijo mio!

Cojuelo.—Gracias, mi no mui bendito papá. Como decia a su Merced, el negocio estaba algo echado a perder, cuando yo

quise venir a poner el dedo en la llaga. ¿Cómo diablos quiere el Diablo que don Estado se case con doña Iglesia, si no se quita de en medio a la muchachita Libertad, de quien se le ha antojado enamorarse al pobre caballero?

Satanas.—Ah! dices bien!

Cojuelo.—I lo hice mejor, porque en el momento se me ocurrió la idea de envenenar a la muchacha, pero de modo que nadie lo entendiese. Cada vez que puedo, derramo en el vaso en que ella bebe, unas gotitas de opio, que me da aquel boticario que Su Merced conoce, i en cuya trastienda alojan Fanatismo con mi comadre.

Satanas.—Cada vez que puedes has dicho?

Cojuelo.—Es que no siempre me es dado hacer de las mias, pues la muchacha está atendida de cerca por su majadero tutor.

Satanas.—Ya sé: el socarron de Buensentido.

Cojuelo.—Un viejo que sabe mas que el mismo Diablo... Perdon, papá; es una figura de retórica, una mentirilla de beata...

Satanas.—¿Quién te ha dado permiso para meterte con las beatas? Sigue tu charla...

Cojuelo.—¿I cómo es que ellas se meten conmigo a cada rato? Que ya no es vida la que me hacen pasar, pues siempre andan con que el Cojuelo dijo tal cosa; el diablillo lo hizo, etc. No hacen nada ellas, sin que me echen mas de la mitad de la culpa, como si yo me hubiese casado con ellas para ser responsable de sus deslices.

Satanas.—Calla, calla, maldito, i prosigue.

Cojuelo.—Callo i prosigo. ¿En dónde íbamos? Ah! en lo de la doncellita Libertad, cuidada por su Ayo Buen Sentido, al cual no me ha sido posible dar ni una gota de opio: por manera que el viejo no cierra nunca el ojo. Pero cada vez que sale de casa i va a palacio a tratar con don Estado del matrimonio de su pupila, yo me meto por el ojo de la llave i me pongo sobre la frente de la niña. Entónces es cuando ella se vuelve loca; i corre, i salta, i grita, i canta, i se despedaza que es un contento. Si don Estado la viese en tal estado, a buen seguro que no se casaría con ella...

Satanas.—Es necesario que él la vea así como tú dices, pues el matrimonio se va a hacer pronto, i ya el gran Pontífice espera a los novios.

Cojuelo.—Pues entónces voi... Ella debe estar durmiendo, porque le acabo de suministrar una buena dosis. Proserpina permita que no me encuentre allí con el viejo ayo!

Satanas.—Ve volando! (*Señala hácia la derecha*). Siento voces por ese lado... Es el novio, que viene con el acompañamiento... Yo voi a hacer de modo que el Pontífice no salga tan pronto, ocultándole la llave del cajon de sus ornamentos.

Cojuelo.—Ya se me había ocurrido (*Se empina, mirando hácia el acompañamiento.*) Ahí viene el viejo! Voi a encontrarla solita! (*Vanse.*)

ESCENA VI.

ESTADO.—BUEN SENTIDO.—*Jentes del pueblo.*

Buen Sentido.—Ya os digo, señor, que la niña ha sido criada por mí, en el mayor recojimiento...

Estado.—I, sin embargo, me han dicho que la señorita Libertad es una muchacha voluntariosa, casquivana i llena de caprichos.

Buen Sentido.—Os han engañado, señor. Es verdad que a veces suele tener sus caprichos; pero ¿qué niña no los tiene? Además los de mi bella i noble pupila no merecen ese nombre; i os aseguro que no cabe mayor felicidad que la de satisfacer sus menores deseos. Ella será un ángel, mientras vós la tratéis como merece. Casaos, señor, i sereis feliz a su lado, pues solo ella podrá hacer felices a vuestros hijos.

Estado.—Ah! mi pueblo, mis hijos... I qué pensarán ellos de este matrimonio?

Buen Sentido.—Aquí están. Voi a preguntárselo, en vuestro nombre.

Estado.—Hacedlo, amigo mio.

Buen Sentido.—Ciudadanos! Vuestro padre desea daros una protectora, que vele sobre vuestros derechos i os enseñe a cumplir con vuestros deberes...

Voces del pueblo.—Gracias le sean dadas! Viva el Estado!

Buen Sentido.—Para ello ha elegido a la linda doncella Libertad. ¿Queréis que se case con ella?

Voces.—Sí lo queremos! Viva la Libertad!

Estado.—Acepto, amigo mio; i estoy dispuesto a que la ceremonia nupcial se verifique al momento.

Buen Sentido.—Os doi las gracias a nombre de vuestros hijos. Yo seré el padrino de esta union, i mi hermana Prudencia será la madrina. Mientras el Gran Sacerdote se pone sus sagradas vestiduras, yo voi a buscar a mi pupila, que he dejado a cargo de mi hermana. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ESTADO.—SATANAS (*vestido de nigromante.*)—*Jente del pueblo.*

Satanas.—Señor.

Estado.—¿Quién eres?

Satanas.—Soy el capellan.. quiero decir, el sacristan de esta catedral.

Estado.—I por qué no has repicado las campanas? ¿No sabias que luego ha de celebrarse mi matrimonio?

Satanas.—Pues por eso mismo no he repicado, Soberano Señor.

Estado.—Cómo? Explicate.

Satanas.—Voi a esplicarme. (*Aparte.* Para que no me entienda.)

Ha de saber Vuestra Grandeza que el dolor me ha impedido hacer resonar los sagrados bronces...

Estado.—¿Qué dolor?

Satanas.—El de ver que Vuestra Grandeza va a dar la mano de esposo a una persona que no merece tal honor...

Estado.—¿Cómo te atreves a hablar de esa manera en mi presencia?

Satanas.—Perdone Vuestra Majestad que un sacristan sea sincero alguna vez. Soy, ademas, un gran sabio, que por altibajos de la Fortuna, he venido a parar en Sacristan; i desde las ventanas de mi torre me ejercito en mi arte i profundizo en la gran ciencia.

Estado.—¿I cuál es tu ciencia, fuera de la de repicar las campanas?

Satanas.—Mi verdadera ciencia, Altisimo Señor, es el conocimiento del destino de los mortales, revelado por el movimiento de los astros.

Estado.—(*Riendo.*) Brava ciencia! Yo creia que los Astrólogos eran ya el hazme-reir del mundo.

Satanas.—Del mundo vulgar, del mundo ignorante, no lo dudo, Gran Señor: mas no así del mundo piadoso, cuyos reyes, cristianos, católicos i cristianísimos, nos han tenido siempre en alta estima. No lo dude Vuestra Gracia: miéntras haya torres de Babel en este mundo, nosotros seremos los únicos poseedores de la ciencia del porvenir.

Estado.—(*Aparte.*—Este hombre parece un verdadero sabio). Veamos: qué te ha dicho tu ciencia?

Satanas.—Que el matrimonio de Vuestra Majestad con esa muchacha, a quien llaman Libertad, será la ruina de la patria.

Estado.—¿De veras?

Satanas.—He examinado anoche el astro de la Libertad; i su titilante luz forma contraste con la luz resplandeciente, pero suavisima de la estrella de Vuestra Grandeza. ¿Cabe mejor prueba de que vivireis siempre desacordes? Esa muchacha es una loca, cuyo carácter antojadizo i altanero enjendrará la discordia entre vuestros hijos, i os ocasionará mil pesadumbres.

Estado.—¿Qué es lo que dices?

Satanas.—La verdad. Me habeis preguntado, i os he respondido segun mi leal saber i entender.

Estado.—Pero mis hijos desean verme desposado con Libertad.

Satanas.—Eso proviene de que vuestros hijos aman la licencia, i desean desligarse de vuestra potestad. En quanto tomeis por esposa a esa muchacha, ella misma les dará el ejemplo de desobediencia; os desautorizará con su atrevida conducta, i obligará a los ciudadanos a desconocer la paterna autoridad.

Estado.—Oh! (*Aparte.*—Ya me babian dicho lo mismo.)

Satanas.—Mas todavia: esa muchacha es irreljiosa... es una desalmada... hasta creo que se ha hecho masona... Figuras lo que sucederá cuando establezca lojas dentro de nuestro mismo palacio... ¡en un país tan católico como este!

Estado.—I yo que he dado irreflexiblemente mi palabra!

Satanas.—Palabra que no podeis cumplir. En conciencia, debeis faltar a ella, pues está de por medio la felicidad de vuestros hijos... I cuenta, que no es solo la felicidad de este mundo, sino la dicha eterna... ¡Cuántos incautos no se dejarán cojer en los seductores lazos de esa libertinal!... ¡Mirad, gran señor! Ved si os digo la verdad!

ESCENA VIII.

Dichos, LIBERTAD, PRUDENCIA, FANATISMO, INTOLERANCIA,
BUEN SENTIDO.

Libertad (*corriendo i saltando, toda desgñada, como una loca*).

Oh! Dadme aire, luz i movimiento, porque el movimiento es la vida! Quiero un campo inmenso en donde moverme eternamente, sin que ninguna ligadura ate los miembros de mi cuerpo!

Estado.—Ah! qué veo!

Prudencia (*a Libertad*).—Oye, hija mia.

Libertad.—No quiero oírte! Retírate de mí, oh! Prudencia! No quiero escuchar tus pesados consejos!

Prudencia.—Oye a tu mejor amiga!

Libertad.—Tú te dices mi amiga, i eres mi verdugo... Tú me has aprisionado entre aquellas cuatro paredes que me ahogan... Pero ahora... Léjos, léjos de mí, oh! Prudencia... contigo no puedo ser... lo que soi...

Prudencia.—Querida Libertad, escucha! Solo serás digna de tu nombre, cuando marches acompañada de tu mejor amiga...

Mírame bien: soi yo, tu Prudencia...

Libertad.—Nó! nó! nó!

Estado.—Gran Dios! ¿Es esta, por ventura, la modesta niña que...

Satanas.—Es vuestra futura esposa. Oid lo que dice para que veais si yo os engañaba.

Libertad.—No! no quiero escuchar nada, mas que mis instintos! ¿Por qué aprisionais mi cuerpo dentro de estos vestidos? (*Se rasga la ropa*). Libradme de estas ligaduras, que encadenan mis acciones!

Prudencia.—Hija mia, vuelve en tí!

Libertad.—¿Quién tiene derecho para oponerse a mis deseos?

Prudencia.—Yo no me opongo... Pero vámonos a casa... Tú estás enferma.

Libertad.—No estoi enferma: al contrario, jamas me he sentido con tanta vida como ahora, i quiero aprovecharme de ella, satisfaciendo todos los deseos que punzan mi alma. ¡Muera el que se oponga a mi felicidad!

Satanas (aparte, Ah! Cojuelo!).—Ved, señor, a la quereis hacer madre de vuestros hijos.

Estado.—Jamás!

Prudencia.—Vamos de aquí, amiga mia.

Libertad.—Sí! vámonos de aquí! Ahora encuentro estrecho este campo. Mirad aquellas nubes... ¿Por qué mi vista alcanza hasta ellas, i no alcanzan mis piés? Quiero llegar allí... quiero ver lo que hai detras de esas bellas nubes... allá, allá, detras de ese cielo azul... Amiga mia, si me amas, volemós allá...

Prudencia (aparte. Si la contrario, irritaré su locura).—Dices bien, amiga querida, volemós al cielo... Yo quiero acompañarte en tu felicidad... Pero ¿no oyes la voz de mi hermano, que nos llama? El nos guiará hácia ese cielo de felicidad que nos aguarda.

Libertad.—Ah! Es mi tutor! (*Volviendo en si*). Amiga mia, ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué hemos salido de casa?...

Buen Sentido (se oye su voz entre las jentes, que exaltadas por Fanatismo e Intolerancia, tratan de impedirle el paso).—Dejadme pasar!

Libertad.—Es él! Oigo su voz... (*A Prudencia*). Vámonos a casa!... Dios mio, qué vergüenza! (*Vánse Libertad i Prudencia*).

ESCENA IX.

SATANAS, ESTADO.—*Pueblo, a lo léjos, rechazando a BUEN SENTIDO.*

Satanas.—¿Qué decís, señor, despues de lo que habeis presenciado?

Estado.—Que prefiero morir soltero.

Satanas.—Oh! esa determinacion no es digna de vuestra gran cordura. ¿Cómo quereis dejar sin madre a vuestros hijos? ¿Cómo podreis sobrellevar el gran peso del gobierno, sin tener una compañera en vuestras tareas?

Estado.—Pero ¿qué esperanza tendré ya de encontrar una buena esposa, cuando el hado se muestra tan contrario a mi felicidad?

Satanas.—No desesperéis, gran señor! La estrella de la patria brilla radiante sobre el horizonte... creed a mi experiencia... de vos depende ser feliz.

Estado.—Decid cómo!

Satanas.—Leyendo estoi vuestra dicha, allá en las oscuridades del porvenir. Veo bien claro todos los hechos que habrán de verificarse, porque mi ciencia divisa los sucesos i las cosas, aun ántes de convertirse en realidad, calando hasta lo profundo de esas horas que todavía no se ha tragado Saturno... Os predigo un reinado de paz i de felicidad, si os desposáis con la digna matrona que el Destino os ofrece por mi boca.

Estado.—Quién es? En dónde está? Cómo se llama?

Satanas.—Su nombre es doña Iglesia.

Estado.—Ah! la conozco: es bella, i tan buena como bella; pero...

Satanas.—Pero... la encontrais de mucha edad?

Estado.—No puedo negárselo.

Satanas.—Ved si adivino los pensamientos. Advertid, gran señor, que la verdadera belleza no envejece jamas; i por otra parte ¿cuántos no son los matrimonios en que la novia puede ser abuela del novio? No os arredre una circunstancia tan de poco momento, i pensad solo en los inmensos beneficios que esta santa union producirá a vuestros hijos. Así unireis *los dos cuchillos*, el temporal i el espiritual. Mirad que teneis obligacion de sacrificaros por el bien de la patria; i si no os casais por razones de amor, casaos por razon de estado, que es la gran razon del siglo.

Estado.—Ya, ya!... I si Libertad sana de su locura?

Satanas.—Olvidad a esa muchacha mundana i tomad esta esposa divina, que cuenta con el sufragio del pueblo. Vuestros hijos la respetan como a una santa madre; i por medio de ella podreis gobernarlos como os plazca, sin temor a motines ni a disturbios.

Estado.—Pero mis hijos acaban de manifestar sus deseos porque me despose con Libertad....

Satanas.—(Aparte. Lo tiene prendado la muchacha). Aguardad un momento, i vereis cómo todos ellos aprueban el ma-

trimonio que os propongo. (*Hace una seña a Fanatismo e Intolerancia, que se hallan entre las jentes del pueblo*). Ciudadanos! Vuestro padre i señor, viendo en peligro la tranquilidad de la patria si toma por esposa a esa niña loca que acabais de ver, ha resuelto desposarse con la santa i noble matrona doña Iglesia, a quien todos conoceis; de cuyo amor estais recibiendo cuotidianas pruebas, i en quien solamente debeis poner toda vuestra confianza, para alcanzar la felicidad en este mundo i la eterna dichá en el otro. ¿La aceptais por madre?

Voces del pueblo.— Sí! La aceptamos! ¡Viva la Iglesia! ¡Viva la Relijion!

Estado.— (*Aparte.* ¿Cómo ha podido cambiar el pueblo en cinco minutos? Este hombre es un verdadero sabio).

Satanas.— Ya veis, excelentísimo señor, cómo el pueblo aprueba i desea esta union. Ahora es menester hablar con la señora...

Estado.— En dónde está.

Satanas.— Dentro de la Catedral rezando sus oraciones.

Estado.— La esperaré aquí para hablar con ella cuando salga.

Satanas.— No, señor: ocultáos dentro de esa torre... Yo hablaré con ella para irla preparando. (*Hace una seña llamando a Fanatismo e Intolerancia*).

ESCENA X.

Dichos, FANATISMO, INTOLERANCIA.

Satanas.— (*A Fanatismo e Intolerancia*). Entretened agradablemente a nuestro amo, dentro de esa torre, miéntas yo cumplo acá con mi deber. (*Aparte a Fanatismo, miéntas Intolerancia entra con Estado en la torre*) ¿Está preparado el pueblo?

Fanatismo.— Sí, señor: Codicia, Vanidad, Ambicion, Fraude i Odio están encargados de derramar licores en la masa del pueblo para que fermente.

Satanas.— ¿Os acordasteis de advertirles que pusieran en el licor algunas gotas de estupidez?

Fanatismo.— No hai para qué hacer eso, señor mio, pues mi prima Ignorancia cuenta con un gran partido entre estas jentes. (*Entra en la torre i cierra la puerta*).

ESCENA XI.

SATANAS.

Satanas.— Bien va el negocio! Ya él cayó en el garlito: Fanatis-

mo i su mujer harán el resto. Ahora solo me falta seducirla a ella... i no me costará gran trabajo, habiendo casorio de por medio... Ah! Eh! hi! Oh! Uff! Piensan que el Diablo no sabe lo que es hacer i deshacer un casamiento en cinco minutos! Una vez casaditos, me servirán a las mil maravillas, i podré desafiar a madamita Libertad... Mientras mas apretado quede este nudo matrimonial, mayor ha de ser despues la gresca que se arme para còrtarlo... i entónces, a rio revuelto, haremos nuestra cosecha de lo lindo... Pero juñas i cuernos! ella viene: compongamos el semblante, para que no eche de ver al Diablo detras del sacristan.

ESCENA XII.

IGLESIA, SATANAS.

Satanas (haciendo una profunda cortesía).—Señora, ruego a su merced que me perdone, si me atrevo...

Iglesia.—¿Qué quieres que te perdone? Si son tus pecados, véte a arrodillar ante uno de mis Ministros.

Satanas (aparte. Yo pedir perdon de mis pecados?... Es una prueba de que no me ha conocido).—No son mis pecados, respetabilísima señora mia, lo que mas me preocupa en este momento, pues puedo asegurar a su merced que casi no tengo nada que me remuerda la conciencia, a pesar de lo mui escrupuloso que soi... porque, metido entre estas cuatro paredes ¿qué mayores faltas podrá cometer un sacristan, sobre todo, si como yo se ocupa en profundizar los arcanos de la ciencia?

Iglesia.—Sacristan i sabio? (*Con ironía*). Sin duda que habrás hecho muchos descubrimientos...

Satanas (aparte. Le gusta a la matrona entretenerse conmigo; no se me escapará).—Algunos descubrimientos he hecho, noble señora; i el principal de todos importa tanto a vuestra santidad i belleza, que en mí seria un gran crimen el ocultarlo.

Iglesia (con interes).—¿Dices la verdad?

Satanas.—Yo no miento nunca, señora. (*Aparte. Sino cuando me conviene*). Aunque el Destino me ha colocado en este humilde puesto de sacristan, no dejo de interesarme, como el mas elevado Obispo, por el adelanto i gloria de la religion, por la estirpacion de las herejias i por la consolidacion de las ideas de acatamiento i respeto hácia vuestra divina persona.

Iglesia.—Es obligacion de todo fiel cristiano.

Satanas (inclinándose).—Favor que su merced me hace. Yo no

soi mas que un humilde sacristan. (*Aparte.* Hasta donde puede ser humilde el que está manoseando todos los dias a los santos). Pero he consultado los astros; he revuelto los archivos (*aparte*, porque los he puesto patas arriba); he pensado i he estudiado mucho (*aparte*, la mejor manera de engañarte); he ayunado (*aparte*, de decir la verdad); he macerado i mortificado este cuerpo (*aparte*, que está en la torre)... i despues de tantos estudios i fatigas, he descubierto que Vuestra Santidad se halla en peligro de sufrir los efectos del cisma (*aparte*, que yo estoí elaborando).

Iglesia.—¡Cisma!

Satanas.—Su merced debe creerme, pues todo cuanto he dicho es la verdad (*aparte*, tomando en cuenta mis restricciones mentales). Señora! una gran herejia amenaza a la religion! El Diablo reúne en este instante los elementos que habrán de turbar la paz entre nuestros hijos (*aparte*, esto sí que no es mentira).

Iglesia.—Ah! Ya lo habia yo presentido!

Satanas.—Es menester prevenir el mal. Vos estais un poco débil, señora, pues vuestros hijos comienzan a abandonaros, propalando ideas poco respetuosas...

Iglesia.—Demasiado lo veo! La piedad va estinguéndose...

Satanas.—Ya no se pagan las primicias, con la puntualidad de otros tiempos... Los diezmos se han profanizado... No se fundan hoy capellanias, como allá en lo antiguo... Los gobiernos atienden mas a lo humano que a lo divino...

Iglesia.—Así es, amigo mio.

Satanas.—Hasta se ha llegado a quitarles sus temporalidades a los conventos. ¿Cómo querrán, señora, conservar intacta la religion en estos pueblos, si se desposee a los frailes de sus grandes estancias? ¡Es atroz!

Iglesia.—Ah!

Satanas.—Se dicen cristianos, i luego arrojan de estos paises a los santos jesuitas!

Iglesia.—Sí! Todo eso han hecho!

Satanas.—Los periódicos no hablan mas que de libertad religiosa, i en consecuencia, todo el mundo se rie de los sacerdotes... Ya cualquier cronista se cree autorizado para entrometerse en las cosas sagradas, como si ellos fueran teólogos!

Iglesia.—Es verdad! Los periódicos, los papeles del siglo...

Satanas.—Ellos son la causa principal de este cisma que se elabora sordamente. ¿No ve Vuestra Santidad como esas impías gacetas dicen abiertamente que el fuero eclesiástico es un mal público; que los sacerdotes no deben meterse en las elecciones; que la cátedra del Espíritu Santo solo es para

predicar el Evangelio; que los confesonarios... Ah! oh! uf! como si los sacerdotes no fueran...

Iglesia.—Calla! calla!

Satanas.—Decia esto para haceros ver la necesidad de fortaleceros.

Iglesia.—I cómo?

Satanas.—Si le permitis a vuestro humilde servidor...

Iglesia.—Habla!

Satanas.—Os obedezco. No os queda otro medio para matar el cisma, en su jérmen, si no es el de tomar estado...

Iglesia.—Yo? I con quién?

Satanas.—¿Con quien habrá de ser sino con el Estado? Es el señor mas poderoso de este mundo...

Iglesia.—¿Pero no sabeis, atrevido sacristan, que estoi desposada con el divino Hijo del Eterno Padre? Ah! tú no debes ser sacristan, sino...

Satanas.—Lo soi, señora. (*Aparte.* Yo creia que se habia olvidado del otro esposo). Asegúrole a su merced que no hai en todo el universo otro ser que sea mas sacristan que yo.

Iglesia.—No! no! Tú eres sin duda algun espíritu diabólico escapado de las tinieblas... Déjame! (*Hace ademan de irse.*)

Satanas.—Ah! No hai remedio! (*Da muestras de gran congoja.*) Se casará el Estado con la Libertad.

Iglesia.—(*Volviendo.*) ¿Qué dices?

Satanas.—(*Con la cara entre las manos*) ¡I ese fatal matrimonio desencadenará todas las malas pasiones; traerá la libertad de cultos, i concluirá con el respeto debido a los Ministros del Señor!

Iglesia.—Qué horror! Pero no será así, porque mi divino Esposo me ha prometido...

Satanas.—Los herejes se adueñarán del país, i entrarán en nuestros hogares, i talarán la viña del Señor, como campo enemigo... I todo por qué? Porque al Estado se le ha puesto en la cabeza que no hai mujer mas bella que la señorita Libertad!

Iglesia.—¿Cómo? Eso dice él?

Satanas.—(*Aparte.* Ya dí en la llaga). Eso decia él, señora; pero ahora dice que prefiere vuestros encantos a los de esa muchacha sin seso. Desposáos con él, i hareis la felicidad del mundo entero. No os meta escrúpulo el recuerdo de vuestro divino Esposo (al cual estais unida segun las leyes del cielo), pues esto no puede ser un inconveniente para tomar un marido humano, segun las costumbres de la tierra. Mirad el ejemplo en la santa ciudad de Roma.

Iglesia.—¿Qué quereis decir?

Satanas.—Que teneis alma i cuerpo. ¿Por qué no habeis de es-

tar casada segun el espíritu i segun la materia? A vuestro cargo están el alma i el cuerpo de vuestros hijos, ¿por qué no habeis de necesitar dos celadores, uno para que cuide los intereses espirituales i otro para los materiales? Yo respeto vuestros santimientos de fidelidad, que hacen honor a vuestra gran virtud; pero permitidme haceros presente que vuestro divino Esposo os dejó en la tierra entregada a la crueldad de los impíos, sin otras armas que la oracion, los exorcismos i escomuniones, a las que estos pueblos les van ya perdiendo el miedo. ¿I será bien que una matrona como vos esté espuesta a sufrir los ultrajes del primero que pasa por la calle? No, señora; miéntas permanezcais en la tierra debeis emplear los medios terrestres que el mundo presenta para conservar incólume vuestra dignidad. Casáos con don Estado, i así unireis los *dos cuchillos*, como lo estaban en Roma para mayor honra de Dios i provecho de las almas. Aprovechaos de la coyuntura que el mismo cielo os presenta para adquirir la otra mitad del poder, que os falta. Si vuestro divino Esposo os armó de rayos celestes, vuestro marido humano os apoyará con sus cañones i bayonetas!

Iglesia.—Basta, espíritu infernal! El cielo me preserve de viles medios para sostener las altas verdades de que estoi encargada. ¿Crees, miserable, que la Verdad cristiana ha menester de la fuerza bruta para iluminar al mundo entero? *Vade retro, Satan!* (*Vase*).

ESCENA XIII

SATANAS.—*Despues* COJUELO.

Satanas.—(*Con rabia*). Con diez mil lejiones! Juro por el Can- cerbero...

Cojuelo.—Papá! No reviente con el conjuro de esa señora! Yo reventaré por su merced...

Satanas.—Maldito bribon! Tambien tú te vienes a burlar de tu amo?

Cojuelo.—I si los criados no se burlan de sus propios amos, ¿de quién habrán de reirse? No se enfade, papacito, i tome las cosas como vienen, que es máxima que yo he aprendido entre los hombres vividores. Yo tampoco estoi para burlas, pues si no me oculto tan pronto detras de esa pilastra, me quiebra el conjuro la otra pierna.

Satanas.—Déjate de truhanerías, i vuela tras de esa señora, para que la hagas volver al momento.

Cojuelo.—Ya entiendo. Miéntas tanto, su merced piensa la diablura que va a hacer con ella. (*Vase*).

ESCENA XIV.

SATANAS.

Satanas.—De todos los negocios en que me he metido, este es el primero que se me vuelve sal i agua: pero si salgo mal, prometo por la laguna Estijia, no meterme a hacer otro matrimonio, aun cuando corra peligro el equilibrio europeo.

ESCENA XV.

SATANAS, COJUELO.

Cojuelo (con un libro en las manos).—Ella volverá pronto, Sire, abuscar este libro, que le robé, miétras le daba limosna a una vieja.

Satanas (toma el libro).—Ah! es una Biblia... ¿Cómo habia ella de aceptar mis insinuaciones, si llevaba este libro?

Cojuelo.—Entónces no hai mas que cambiarlo por otro.

Satanas.—Dices bien. Siempre se te han de ocurrir buenas ideas. (*Le entrega el libro*). Toma eso i rómpelo. Yo voi a poner sobre el reclinatorio de la señora el libro del Diablo. Ya lo veremos! El Diablo no se da por vencido jamas. (*Entra en el templo*).

ESCENA XVI.

COJUELO.

Cojuelo.—¡Qué rompa este libro! Ya chochea el patron de los Infiernos. ¿Cómo ha podido él olvidar, siendo tan gran Diablo, que a nosotros no nos es dado romper este librejo? Lo mas que podemos hacer es comentarlo; i voi a ponerlo por obra. (*Se pone a escribir sobre varias hojas del libro*). En seguida lo arrojo al camino, así comentadito, para que el primero que pase i lo lea, se crea saber mas que un Diablo. Si! está visto: se le han mojado los papeles a mi papá; i estoi por hacerle una revolucion, i revolver los Infiernos para sentarme en el trono... Ja! ja! ja!! ¡Cuántas disputas teológicas no van a resultar de estos comentarios! ¿I por qué habia de ser imposible que yo me sentase en el trono? ¡Vamos a ver! Yo tengo partido en el Infierno, porque ninguna diablura se hace allí, sin que yo tome parte en ella... Dénme el mando por cinco minutos i verán si soi capaz de hacer la felicidad del Abismo, metiendo a todos mis enemi-

gos en los ardientes calderos. Yo les probaria que soi un Diablo patriota martirizando a mis contrarios... Pero, ah! se me ocurre la idea de que nadie puede leer estos comentarios con mas provecho que el gran García Moreno. Voi en un santiamen a poner el libro bajo su almohada (*Váse*).

ESCENA XVII.

SATANAS, *sale del templo.*

Satanas.—Aun no ha vuelto... Aguardemos, pues la paciencia suele ser la virtud del Diablo... (*Mira por el ojo de la llave, hácia el interior de la torre*). Mui bien! Fanatismo e Intolerancia ya se han adueñado de don Estado... Ahora ya no debo temer a los atractivos de Libertad... ¡Atreverse a pensar en casarse, sin el permiso del Diablo?... Pero ¿volverá doña Iglesia?... ¿Por qué mis ojos, que lo ven todo, no han de poder penetrar en el porvenir? (*Se asoma hácia la izquierda*). Ah! ya viene... Ella es... Ocultémonos. (*Se oculta detras de una pilastra*).

ESCENA XVIII.

IGLESIA, *intranquila.*

Iglesia.—Yo no sé lo que me pasa: las palabras de ese hombre resuenan fatidicamente en mis oídos. Hai en esas palabras algo de extraño, que hace temblar, fascinando al que las escucha. ¿Serán verdaderas? ¿Serán mentirosas? Me parece ver ahí la mirada de la serpiente, que seduce i la profundidad del abismo, que atrae. Se me figura oír el canto de la Sirena, que estravia al navegante sobre la móvil superficie de las olas. Sin embargo hai en esas palabras algo que me ha conmovido profundamente. ¿I habrá de permitir mi divino esposo que yo perezca, minada por engañosas envidias? Nó! He salido triunfante de la voráجة del Paganismo; i la barca del pescador navega con brújula segura, hácia el polo de la eternidad. La luz de la verdad es su punto de mira; i con la vista siempre fija en ese foco celeste, ha sabido evitar los escollos del vicio i salir victoriosa de la tempestad de las pasiones humanas. El Espíritu Santo ilumina mi senda, como la brillante columna de fuego alumbró el camino del desierto al pueblo escogido. La diestra del Hijo me sostiene, porque así lo quiere el Padre. He visto caer los carcomidos tronos del Paganismo, sobre cuyas ruinas se ha elevado el trono de mi poder en toda la redondez del

mundo. Los monarcas de la tierra, inclinan ante mí sus coronadas frentes para depositar sus coronas a mis pies. Los treinta mil dioses del Politeísmo, vencidos por el solo Dios Eterno, tuvieron que descender de las alturas en que la humana superstición los colocara, para venir, llenos de miedo, a refugiarse en el Panteon romano, poniéndose bajo la proteccion de los Emperadores. ¡Estrema ceguera del hombre, que descende en la senda del error, hasta creerse protector de los mismos dioses! Pero esos dioses eran dignos de ser protegidos por los hombres, cuya invencion eran; i hé aquí porque todos ellos resbalaron sobre sus pedestales, i cayeron en pedazos, como la estatua de Nabucodonosor al ser tocada por la piedrecilla simbólica. Solo la estatua de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana permanecerá incólume, por los siglos de los siglos! Esta esperanza alienta mi espíritu conturbado, pues veo que, a pesar de las tendencias del siglo, las puertas del Infierno no prevalecerán contra mí... Pero ¿he de luchar eternamente?... ¿Llegaré al fin a alcanzar la tranquila posesion del espíritu humano? Imposible! La divina Sion no está en la tierra; i para llegar a la ciudad celestial, es menester que el Pueblo de Dios prosiga su peregrinacion, a traves de los tiempos, i luche a brazo partido contra el error, en su paso por el desierto de la tierra... El Señor de los Ejércitos pelea conmigo... Los reyes de la tierra aprestan sus leñones para defenderme contra la impiedad... Roma, la antigua enemiga del Cristo, se cubre hoy de soldados de todas las naciones, para defender los derechos de la Iglesia... Sí! lo veo claro: las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella; i la idea cristiana, defendida por un cerco de lanzas, se posesionará al fin del espíritu del hombre... Pero ¿necesitaré del auxilio de la fuerza bruta yo, que estoi sostenida por la divina diestra de Jesucristo? ¿No es esto querer poner a Dios bajo la proteccion del hombre, como lo hacia el mundo pagano?... Ah! quién sabe!... I si el poder humano no es mas que un instrumento del poder divino, ¿por qué he de despreciar el sosten que el mismo Dios me ofrece, por mano de los poderes de la tierra? Gran Dios! mi mente combatida por la incertidumbre, necesita conocer la Verdad; i ni aun he tenido a mano mi sagrado libro para consultarlo... Se me ha quedado en el templo. Lo abriré al acaso, i la divina palabra me iluminará. (*Entra en el templo*).

ESCENA XIX.

SATANAS.

Satanas.—Sí! en mi libro encontrarás el consejo que has menester. ¡Cuántos no hai que abren el libro del Otro, i leen el libro del Diablo! (*Amenazando con los puños cerrados hácia el interior del templo*). Vieja presumida, que pretendes saber mas que Satanás ¿me has declarado la guerra, eh? Pues tendremos guerra sin cuartel! Diezinueve siglos ha que hemos roto las hostilidades; i cada dia me siento mas lleno de vigor para hacerte mal; cada dia me siento mas Diablo! Despues de mil i mil siglos de lucha, verás cuán grande es la constancia del Demonio. Te has empeñado en unir a la humanidad, i yo he metido la desunion en tu propio seno. Tus teólogos tratan de desenredar, i yo he puesto entre ellos a los míos para que enreden mas i mas la madeja. Predicas la mansedumbre, i yo te he metido en guerras religiosas. Te dices protectora de la Verdad, i yo te he hecho defenderla con la espada i con la hoguera, como se defiende la mentira. Te llamas amiga de la Libertad, i has aprendido de mí a esclavizar la conciencia. Aconsejas la caridad, i yo te he hecho jerminalar la intolerancia dentro de tu propio seno. Hablas desde la cátedra contra la vanidad, el lujo, el orgullo, la ambicion i los honores mundanos, i yo he conservado en tu seno el tipo de las formas aristocráticas. Por mí, tus cardenales son príncipes, que se pasean en lujosos coches. Te jactas de valerosa para defender la Verdad; pero mira bien i verás como yo he sembrado i cultivado en tu espíritu el miedo que te pone en mis manos. Echa una mirada sobre el pasado, i te convencerás de que ni aun tener miedo has sabido. Porque, debiendo temer a la mentira, has temblado ante la Verdad. I no obstante, es tal tu engaño, que crees tener fé en que las puertas del Infierno no prevalecerán contra tí. Pero yo, Satan, yo te he quitado esa fé, haciéndote mundana. Yo te he arrancado del corazon esa fé en tu Cristo, para darte la fé en la fuerza bruta. I piensas vencerme, insensata de tí! Piensas garantir tu soberanía, dándote un protector, i no echas de ver que esa proteccion te será dada en cambio de tus condescendencias, i que, comenzando por ser protegida, llegarás a ser esclava de los poderes de la tierra. Proteccion por proteccion, dominio por dominio, tú llegarás a ser el cortante instrumento de esos mismos poderes mundanos, que mañana querrás tambien convertir en instrumentos de miras contrarias al Evan-

jelio que predicas. Yo, Satan! yo convertiré así a tu cristianismo en un grillete, a fin de hacerlo aborrecible... I el mundo retrocederá a los primeros tiempos, allá a mis tiempos paganos... Ah! tu piensas haber derrocado por completo al Paganismo, pero ¿quién sino yo mantiene vivas, en tu propio seno, mil ideas i prácticas paganas?... I en tu loco empeño, luchas por iluminar al mundo... Ah! tú no sabes cuánta es la fuerza del rei de las tinieblas! De tus propias armas me he valido para apagar esos focos de luz aborrecida... ¿Quién sino yo, ha sido el que, por medio de tus ministros, ha perseguido i escarnizado a los mártires de la ciencia? Luz maldita! Tormento de mis ojos, eterno martirio de mi mente... ¡Furia del Averno! I que no me sea dado alcanzar a ese Sol para anonadarlo entre mis manos, paro convertirlo en polvo de mis piés! (*Oyese ruido sordo debajo de la tierra, que se abre bajo las plantas de Satanas. Por las grietas salen llamas sulfúreas i humo, que intercepta la luz del sol. Una aureola de fuego rodea el busto del Diablo, cuyos puños apretados amenazan al astro del dia. Los relámpagos iluminan la escena. Se oye el chasquido del rayo i el retumbar del trueno en el aire*).

ESCENA XX.

SATANAS, COJUELO, *medio oculto detras de una columna.*

Cojuelo (Aparte).—De mal humor está el amo. Aguardemos que pase la tormenta.

Satanas.—Pero no debo precipitar los acontecimientos... Es menester que yo domine mi rabia.

Cojuelo (aparte).—I luego dirán que el Diablo no sabe dominar sus pasiones!

Satanas.—El negocio podria echarse a perder... Representemos bien nuestro papel, para asegurar el golpe.

Cojuelo (aparte). Eso es! el que no sabe hacer farsas se quedará a buenas noches, en este mundo de farsantes).—¡Viva la política del Diablo!

Satanas.—¿Qué haces ahí, maldito? ¿Creias poder ocultarte de mí?

Cojuelo.—Yo no creo nada, papá; soi el jefe de los Escépticos, ¿por qué habia de ocultarme de Su Merced?

Satanas.—¿En dónde has estado?

Cojuelo.—Vengo del palacio de Su Majestad Católica.

Satanas.—Pusiste el libro debajo de su almohada?

Cojuelo.—¿Para qué me lo pregunta, cuando Su Merced sabe lo mismo que yo, los medios de que me valí para que esa beata,

devota mia, pusiese el libro en manos del confesor de su mui Sacra i real Majestad?... Creo que doña Iglesia ha vuelto...

Satanas.—Sí: ahí está en el templo leyendo en mi libro (*Se asoma al templo*). En su semblante veo que acepta mis ideas.

Cojuelo (dando un salto).—Victoria! De modo que tendremos bodorrio; i habrá jarana, gresca i pecadero! Yo soi decidido por el baile; i si no tuviera una pata lisiada....

Satanas.—Se casarán... La vieja verde!... Ya ha olvidado a su divino Esposo, i arde por unirse a este otro.

Cojuelo.—Eso se llama olvidar lo viejo por lo mozo... Pero yo estoi viendo lo que le va a pasar con don Estado.

Satanas.—Con la proteccion de este marido, cree ella poder adquirir el respeto i amor de sus hijos... Ya le parece estar rodeada de soldados con el arma al brazo...

Cojuelo.—Pero no le arriendo las ganancias, cuando pase la luna de miel de los primeros amores!

Satanas (riendo).—Primeros amores! ¿Qué se hizo tu sagacidad, maldito hijo de mis entrañas? ¿Piensas tú que esté es un matrimonio de amor?

Cojuelo.—Ya sé que vuestra gracia es demasiado séria para fabricar matrimonios de amor... cosas de muchachos; pero no de un Diablo formal.

Satanas.—Es un matrimonio de amor propio, de vanidad mundana, de conveniencia, de egoismo, de odio contra la Libertad!...

Cojuelo.—Así me gusta verlo a su merced! Puedo decir que soi el hijo de un gran político.

Satanas.—I dirias la verdad alguna vez en tu vida, porque esos que se tienen por grandes políticos i por estadistas consumados no pasan de ser mis ayudantes. El mismo don Estado cree asegurar la paz con este matrimonio, i no echa de ver el pobre caballero que, apoyando a doña Iglesia con sus fusiles i sus sables, convertirá a su esposa en una mujer mundana, orgullosa, antojadiza i ambiciosa, con lo cual le quitará su verdadera fuerza, que es el sufragio de la voluntad pública, pues quita a sus ministros la humildad, el desinterés, la fé en la religion i la santidad, en que debe estribar el respeto a la idea relijiosa.

Cojuelo.—Ah! ya veo a dónde vamos a parar. La señora querrá calarse los calzones...

Satanas.—Has adivinado. A fuerza de influir en el ánimo de su esposo, doña Iglesia llegará a creer que su verdadero reinado es de este mundo...

Cojuelo.—I tendremos una religion de pura política. ¡Qué gusto!

Satanas.—I don Estado, valiéndose de su mujer, como de un instrumento para sus fines civiles...

Cojuelo.—Sí! sí! se vestirá de sotana i sobrepelliz. Ya entiendo! Será una cosa de ver, cuando su Alteza Real comience a decretar escomuniones...

Satanas.—El enredo será completo: porque la señora se creerá gobierno civil, i éste pensará ser poder eclesiástico. Los ciudadanos vivirán en la duda, en la zozobra, en la lucha continua de sus encontrados intereses i enardecidas pasiones.

Cojuelo.—I talvez llegará el caso de que alguien venga a pedir a don Gobierno el perdon de sus pecados, cuando doña Iglesia niegue su absolucion.

Satanas.—Así como otros se apoyarán en el poder eclesiástico para hacerse perdonar sus pecados políticos, para ser ministros de estado i para obtener una canonjia.

Cojuelo.—I qué ministros i qué canónigos saldrán de ahí! Aquéllo será una divertidísima merienda de negros... Una Iglesia estado, un Estado iglesia, que serán i no serán, por lo que se enredará la pita; i queriendo enredar a otros, cada cual se enredará a sí mismo en su propio enredo... i caerán en la liga como pajaritos, sin que yo me vea ya en el trabajo de armarles trampas, sino que aquéllo será acarrear i acarrear ánimas para los infiernos. Qué gusto, papacito! Que se casen, mas bien hoí que mañana... i si despues solicitan divorcio ante la curia ¿no es verdad que nos opondremos?... Ah! si yo pudiera ser el padrino de esta boda!

Satanas.—Calla, bergante! Ese padrinzago está reservado para Diablos de mas campanillas que tú. Ocúltate, porque ya ella viene. (*Se oculta Cojuelo detras de una columna*).

ESCENA XXI

IGLESIA, SATANAS.—*Despues COJUELO.*

Iglesia.—(*Saliendo del templo, con los ojos sobre el libro abierto, que lleva en las manos*). No hai duda: la divina palabra me advierte en estas pájinas lo que debo hacer para acreditar, cimentar i estender la verdad evanjélica por toda la tierra. (*A Satanás*) Buen hombre, perdonad la viveza de las expresiones que os dirijí ahora poco rato.

Satanas.—Perdonar yo, señora? (*Aparte.* Jamas!) I en qué podeis vos haber agraviado a este vuestro humilde siervo! (*Aparte.* ¿Cómo podrá perdonar el que no quiere pedir perdon?)

Iglesia.—Oigo la voz de Dios, que me manda seguir vuestros consejos.

Satanas.—Estoi pronto a obedeceros (*Aparte*, en todo aquello que no sea contrario a mis intentos).

Iglesia.—Solo me queda una duda...

Cojuelo.—(*Saliendo repentinamente de su escondite, con unos papeles en la mano*) Señor sacristan mayor! Leed.

Satanas.—(*Aparte.* Ya te entiendo, Cojuelo mio). ¿Qué dices?

Cojuelo.—Ved, señor, cómo escriben esos impíos en estos papeles... (*A Iglesia*) Perdonad, señora; pero tratándose de un asunto tan importante como el de la relijion, no habia reparado en vos...

Iglesia.—¿Qué significa esto? ¿Quién erès?

Satanas.—Uno de los servidores del templo, señora.

Cojuelo.—Tengo el humilde oficio de apagar las luces, i aspiro a la dignidad sacerdotal, con el permiso de vuestra señoría.

Iglesia.—La obtendrás, si prometes cumplir bien con tú ministerio.

Cojuelo.—Oh! en cuanto a eso, que lo diga el señor sacristan mayor, que no sabe lo que es mentir. (*aparte*, pues miente sin necesidad de haberlo aprendido).

Satanas.—Creed, señora, que no tengo servidor mas fiel que éste.

Cojuelo.—(*Aparte.* I que digan que el Diabolo no sabe decir la verdad!)

Satanas.—Leed, grande i santa señora, lo que dicen estos malditos periódicos.

Iglesia.—(*Toma los periódicos i lee en donde Satanás pone el dedo*) ¡Qué horror! El abismo se ha desencadenado!

Satanas.—I debeis oponer la fuerza.

Iglesia.—Ya no me queda la menor duda... Estoi decidida a desposarme.

Satanas.—¿Con el poderoso señor don Estado?

Iglesia.—Sí. ¿En dónde está?

Satanas.—En todas partes... En esta torre, por ejemplo. (*Va a la torre i abre la puerta en donde aparece Estado, seguido de Fanatismo e Intolerancia*).

ESCENA XXII.

Dichos, ESTADO, INTOLERANCIA, FANATISMO.—*Despuss* IGNORANCIA *i jentes del pueblo.*

Satanas.—(*A Estado*). Gran señor! Vuestra divina prometida os aguarda!

Estado.—(Se echa a los piés de Iglesia). Señora! permitidme manifestaros el tierno i respetuoso amor que por vos siente mi corazon.

Iglesia.—Alzáos, señor, i sabed que vuestro amor penetra mi alma de regocijo, pues él me promete una vida de paz.

Estado.—Paz que nadie se atreverá a turbar, miéntas yo pueda disponer de mi fuerza.

Iglesia.—Fuerza piadosa, que el Señor de los Ejércitos sabrá premiar como merece. (*Aparece a lo léjos Ignorancia, a la cabeza de un grupo de jentes*).

Cojuelo.—(*Aparte, a Satanas*. Allí viene la vieja bruja de la Ignorancia, con sus hijos, a solemnizar la funcion).

Satanas.—(*Aparte, al Cojuelo*. Trata, badulaque, con mas respeto a la deidad protectora de los tronos!)

Estado.—Os prometo, señora, defender a vuestros ministros.

Iglesia.—I yo os prometo repartir mis gracias entre vuestros adeptos.

Estado.—Vuestros enemigos serán los míos, i haré elevar horcas en todas las plazas para colgar a los que no os rindan debido homenaje.

Iglesia.—I yo fulminaré los rayos de la cólera celeste contra los que os hagan la menor oposicion.

Estado.—Perseguiré la herejía, i no se publicará en mis dominios ningun papel contra vuestra santidad.

Iglesia.—Prohibiré los libros sediciosos, i escomulgaré a sus autores i lectores.

Cojuelo.—(*Aparte*. ¡Qué capitulaciones matrimoniales tan divertidas!)

Satanas.—I la paz reinará entre vuestros hijos.

Intolerancia.—Porque el esposo desterrará a todos los que no piensen como nosotros, i la esposa les negará su entrada en el cielo.

Fanatismo.—I la relijion se estenderá hasta los lugares mas apartados, protegida por el rayo de la guerra.

Cojuelo.—Qué gusto! I todos tendremos una misma relijion!

Satanas.—(*Aparte*. Sí! la relijion del Diablo, pues dirán una cosa i pensarán otra).

Ignorancia.—¡Vivan nuestros soberanos!

Voces del pueblo.—Vivan!!

Coro subterráneo, precedido de un ruido sordo:

«Sean eternos
«Los tiernos, dulces
«I santos vínculos
«Que a los amantes unan!»

ESCENA XXIII.

Dichos, BUEN SENTIDO.

Buen Sentido.—(*Pugnando por abrirse paso por entre las jentes del pueblo*). Señor! Amigo mio! ¿Qué haceis? ¡Escuchad la voz de la razon!

Estado.—Creo reconocer esa voz!

Satanas.—(*Aparte*. Mil rayos!) Es un loco, monseñor!

Ignorancia.—(*Tratando de impedir el paso a Buen Sentido*). Eres un insensato, pues vienes a turbar esta sagrada ceremonia.

Cojuelo.—(*Aparte*. Apuesto a que Ignorancia se sale con la suya, i les hace creer a todos que el viejo es loco!)

Buen Sentido.—(*A Estado*). Señor i amigo mio, ¿no me conocis? Ved que os engañan!

Fanatismo.—¡Qué falta de respeto a las potestades celestes!

Intolerancia.—(*A Buen Sentido*). Callad, insensato!

Buen Sentido.—Dejadme hablar!

Intolerancia.—¡No hablareis, estando yo presente!

Cojuelo (aparte).—Ya diste, viejo pícaro, con la horma de tu zapato!

Fanatismo (a Estado).—Mandad, señor, que encierren a este loco.

Estado.—Llevalle a la torre!

Buen Sentido.—Pero ¿qué crimen he cometido para que me manden aprisionar?

Cojuelo (aparte).—Y le parece pequeño el crimen de tener razon ante nosotros!

(*Intolerancia pone sus manos sobre la boca de Buen Sentido; Ignorancia le venda los ojos, i Fanatismo lo arrastra hácia la torre*).

Satanas (a Estado).—Ya es hora, señor, de comenzar la ceremonia.

Estado.—Id i avisad al Pontífice.

Satanas.—Voi volando!

Cojuelo.—I yo cojeando. (*Vánse*).

ESCENA XXIV.

Dichos, ménos SATANAS I COJUELO.

Fanatismo (a Estado).—El cielo está de nuestra parte, señor. El loco está en la torre.

Intolerancia (a Iglesia).—Ahora que podeis contar con el pode-

roso apoyo de vuestra consorte, no debeis permitir en vuestra grei locos como ese viejo!

Estado.—Os juro que haré plantar la simbólica cruz en todas partes.

Intolerancia.—I en frente de cada cruz, una horca, para que aprendan los impíos a tener modo.

Iglesia (a Estado).—Yo os prometo el cielo en recompensa...

Buen Sentido (desde la torre).—Señora! Señor i amigo mio! Abrid los ojos i ved que Fanatismo, Intolerancia e Ignorancia os llevan perdidos!

ESCENA XXV.

Dichos, SATANAS I COJUELO.—Coro de ángeles malos.

Cojuelo (vestido de monaquillo.) (Aparte. Morfeo se ha conducido como con diablo honrado, i tiene al Pontífice cargado de adormideras).—Señor, aquí viene el Sumo Pontífice a bendecir vuestra union.

Estado.—¿I el sabio sacristan?

Cojuelo.—Hale acometido una fuerte jaqueca, monseñor i me ha encargado que yo cumpla con su ministerio.

Satanas (vestido de las ropas sacerdotales).—Gran señor, i vos, divina señora, aquí me teneis pronto a recibir vuestros juramentos.

Estado.—Cumplid con vuestro ministerio. (*A Fanatismo e Intolerancia*). Vosotros servireis de padrinos.

Iglesia (abre el falso Evangelio).—Pronunciaremos nuestros votos con las manos puestas sobre este divino libro.

Satanas.—¿Jurais, Señor de la tierra, eterna fidelidad a vuestra celeste esposa?

Estado.—Sí, lo juro!

Satanas.—¿Jurais, divina señora, ser eternamente fiel i sumisa a vuestro terrenal marido?

Iglesia.—Lo juro!

Buen Sentido (desde la torre).—No jureis eso, que no podreis cumplir sin contrariar la voluntad de Dios!

Satanas.—¿Quién es ese que se atreve a perturbar la tranquilidad de esta sacrosanta ceremonia?

Buen Sentido (desde la torre).—Soy yo, señor!... Oid a vuestro amigo, Buen Sentido.

Intolerancia.—No sé cómo puedo contenerme!

Ignorancia.—No le hagais caso; es el loco.

Satanas.—Prosigamos. Ahora que os habeis jurada mutuamente un amor eterno, sabed vos, Estado, que vuestra obligacion es respetar toda palabra salida de los labios de un mi-

nistro del altar, pues solo así honraris a vuestra esposa. I vos, señora, entended que quedais para siempre sometida a la voluntad de vuestro marido, según las palabras del Apóstol, amando lo que él ama, i aborreciendo lo que él aborrezca.

Buen Sentido (desde la torre).—No creais al Demonio!

Intolerancia.—Tapadle la boca!

Fanatismo.—Matad a ese loco!

Cojuelo.—Déjenlo hablar, que tarde piace.

(*Ruido sordo, i luego, coro subterráneo de ángeles malos.*)

«Entonemos un cántico

«De gloria!

«Celebremos tan ínclita

«Victoria!

«Victoria!

«Victoria!!»

Estado.—¿Qué cantos son esos?

Satanas.—Son los ángeles que entonan un hinno de gracias a...

Buen Sentido (desde la torre).—No le creais, señor! Son los espíritus infernales, que se regocijan!

Varias voces del pueblo.—Es verdad lo que dice el de la torre!

Idem.—No lo es!

Idem.—Las voces vienen del cielo.

Idem.—No! Son voces del infierno.

Cojuelo.—(*Aparte, al pueblo.* Callad, imbéciles! i dejadnos obrar a los ministros del Señor. ¿Qué sabeis vosotros de cielo o de infierno? Antiguamente estaba el cielo arriba i el Averno abajo; pero ahora lo hemos arreglado de otro modo).

ESCENA XXVI.

Dichos, LIBERTAD.

Libertad.—(*A Estado.*) Señor! Señor mio! ¿Qué se hizo vuestro cariño? Ya que me despreciais, entregadme a mi tutor.

Cojuelo.—Esta niña pide un imposible.

Satanas.—Llevad de aquí a esa muchacha sin juicio!

Libertad.—No me iré de aquí hasta no haber obtenido el cumplimiento de la palabra que este gran señor me ha dado de ser mi esposo!

Cojuelo.—(*Aparte.* Vaya! Venir a cobrar palabras en estos tiempos!)

Satanas.—Retiráos, mal aconsejada muchacha, pues ya no os queda otro recurso que el de resignaros.

Cojuelo.—Sí, niña; resignate, que ya encontraremos otro marido para tí, entre los que se dicen liberales.

Satanas.—La ceremonia se ha verificado, i los santos nudos del matrimonio son indisolubles.

Buen Sentido.—(*Desde la torre*). Pero ese matrimonio es nulo!

Libertad.—Ah! Ésa es la voz de mi tutor. (*A Estado, que aparenta no atender a sus palabras*). Señor, señor! Oíd lo que dice vuestro mejor amigo i mi maestro! Este matrimonio es nulo, porque estábais desposado conmigo... Pero no me oís? ¿Me rechazais? Qué haré yo ahora, pobre huérfana, abandonada de todos? Mandad siquiera poner en libertad a mi buen tutor!

Satanas.—(*A Fanatismo e Intolerancia*). Abrid la torre i decid a ese viejo que se vaya con su pupila léjos de aquí. (*Fanatismo e Intolerancia abren la torre; i encontrándola vacía, vuelven a la escena, con grandes muestras de admiracion*).

Fanatismo.—No hai nadie!

Libertad.—Ah! Me habeis quitado a mi protector? Desdichada de mí! Mi razon se estravia. Dios mio! ¿cómo podeis permitir tal injusticia?

ESCENA ÚLTIMA

TODOS LOS PERSONAJES

Jesus.—(*A Libertad*). La permito, porque soi el autor de tu existencia, hija mia.

Intolerancia.—(*A Jesus*). Salid de aquí!

Fanatismo.—(*Mostrando con el dedo a Buen Sentido*). I tambien el viejo! Aprisionémosle!

Buen Sentido.—(*A Libertad*). Ven acá, hija mia.

Libertad.—Padre mio! (*Abrazándolo i mostrándole a Jesus*).

¿Quién es este señor de tan noble aspecto?

Buen Sentido.—No lo conoces, porque te hallas entre demonios. Espera.

Satanas.—(*A Jesus*). ¿Quién sois?

Jesus.—Yo soi el que soi. (*A Iglesia*). ¿Me reconoceis, señora?

Iglesia.—(*A Estado*). Protejedme! Yo no puedo resistir esa mirada.

Cojuelo.—(*Aparte*. Volemos de aquí!)

Satanas.—(*Aparte*. Ah! Si yo pudiera irme!)

Jesus.—(*A los demonios*). No os movereis. Os permito hacer el mal para encaminar las cosas a su verdadero fin. Estais condenados a ser testigos del bien que aborreceis.

Cojuelo.—(*Aparte.* Pues cerraré los ojos i veremos quién se sale con la suya. Ah! Mis párpados son transparentes, i veo lo que no quiero ver!)

Satanas.—(*Aparte.* Tengo una montaña sobre mis hombros!)

Ignorancia.—(*Al pueblo.*) ¿Cómo sufrís este insulto hecho a vuestros sacerdotes?

Voces del pueblo.—(*A Jesus.*) Blasfemo! Sedicioso! Que muera!

Jesus.—(*Estendiendo la mano para aplacar el movimiento popular.*) Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen. Pobre pueblo! Miétras sea víctima de su propia ignorancia, estará dispuesto a sacrificar a su Salvador. (*A los demonios.*) Pero ai! de vosotros, falsos sacerdotes, imájen verdadera de los que, valiéndose del sagrado ministerio, estraviaron la conciencia pública para que mi pueblo predilecto me hiciera subir al Gólgota con la cruz a cuestas!

Intolerancia.—(*A Estado.*) I permitís, gran señor, que...

Fanatismo.—Es preciso castigar este desacato! Ved cómo parece mandar en jefe!

Ignorancia.—(*Al pueblo.*) Mirad cómo vuestros soberanos son insultados por un advenedizo!

Voces del pueblo.—Gran señor! mandadnos castigar al insolente, al blasfemo!

Estado.—Yo mandaria castigarlo; pero...

Jesus.—Pero ¿teneis miedo, Pilatos? (*A Iglesia.*) I vos, señora, ¿todavía no me reconocéis? Miradme aun cubierto con la sangre que derramé por estableceros en el mundo!

Iglesia (se echa a los piés de Jesus).—Perdon, perdon, Dios mio!

Jesus.—Alzaos, hija de mi corazon. Estais perdonada.

Estado.—¿Ella tambien? Mi esposa! Yo no sé lo que debo hacer...

Jesus.—Tú no sabes lo que debes hacer porque no tienes a tu esposa a tu lado. Libertad! hija predilecta del Eterno Padre, acércate a tu esposo, i enséñale a ser hombre.

Libertad (abrazando a Estado).—Esposo mio! Inclínate ante el Verbo divino.

Estado.—Gracias, gracias, Dios mio! Ahora me siento feliz porque me siento libre.

Jesus.—I serás feliz i fuerte siempre que seas fiel a tu esposa, i no desoigas los consejos de tu tutor.

Buen Sentido (al pueblo).—Mirad a quien teniais por vuestro Pontífice: voi a mostrároslo. (*Se coloca detras de Satanás, i comienza a quitarle, poco a poco la mitra sin que él lo eche de ver.*)

Cojuelo (aparte).—I le está quitando la mitra! Ah! en cuanto aparezcan los cuernos de mi patron i el pueblo los vea...

Jesus (a Iglesia).—¿Qué habeis hecho del Testamento que os dejé?

Iglesia.—Aquí está: yo no me separo jamas de este sagrado libro.

Jesus.—Ojalá!... Abridlo.

Cojuelo (aparte).—Patron mio! No echa de ver que le están sacando la mitra, i que ya comienzan a verse los... ¿Qué se hizo la sagacidad del Diablo?

Voces del pueblo (al ver desnuda la cabeza de Satanás).—El Diablo! Era el Diablo!

Iglesia (hojeando la Biblia falsa).—Pero este no es el santo libro que me dejasteis!

Cojuelo.—Es el libro del Diablo... Ah! se me salió sin quererlo! (*Aparte*). De esta si que no escapamos.

Jesus (a Iglesia).—Arrojad ese libro i tomad el mio. (*Le pasa una Biblia, que ella recibe, besa i mete en su seno*).

Estado (a Satanás).—Impostor! Yo castigaré tu osadia!

Buen Sentido (aparte a Estado).—Dejad que Dios obre; ese castigo no os corresponde.

Ignorancia (al pueblo).—Todo lo que veis no es mas que una mentira de estos traidores... vuestros enemigos.

Buen Sentido.—Vos, Ignorancia, sois el verdadero enemigo del pueblo.

Varias voces.—Sí, sí! que muera!

(*Ignorancia es arrastrada, i separada de la escena*).

Fanatismo.—Ah! han muerto a mi prima! Ya nada podemos hacer aquí.

Jesus (a Iglesia).—Habiais abandonado el libro santo en que os dejé mis instrucciones; i hé ahí la causa de vuestro descamino. No os separeis jamas de mi palabra escrita, i tened siempre presente lo que os dije, en cabeza de Pedro, para que no busqueis vuestro apoyo en las potestades terrestres, pues desde ese mismo instante, corromperez la fuente de vida. Cuidad de no caer en la tentacion de dominar por la espada, pues vuestra arma es la mansedumbre, i acordaos de lo que os dije por boca de mi discípulo Mateo el publicano: «Los reyes avasallan a sus pueblos... Pero no será así entre nosotros: el que quiera ser mayor, sea vuestro criado». Solo así conseguireis vencer a las potestades infernales.

Iglesia.—Creo en Vos! La fe en vuestra divina palabra alimenta mi espíritu!

(*Oyese ruido subterráneo; la tierra se abre i se traga a los demonios. Jesus desaparece, a tiempo que se deja sentir en los aires un coro de voces anjélicas acompañado de música celeste. Todos se prosternan entonando un himno de gracias, i la escena se ilumina ricamente*).